

bra traiciona”, dice en *Hay que matar*, y lo reafirma en la entrevista): lo que vuelve es susceptible de ser pensado una y otra vez por la escritura. Así también, el blanco de página, recurso complementario de la narración fragmentaria, “abre interrogantes para el lector y para mí” (62). En suma, Rivera visita la historia no para reconstruirla, sino para auscultar, bajo la ceniza del pasado, la brasa del futuro que allí arde, como sostiene Walter Benjamin en sus “Tesis de filosofía de la historia”.

Este libro, que disfrutará intensamente el lector iniciado, será una estimulante puerta de acceso para quien todavía no haya transitado los caminos de una de las narrativas más originales y fascinantes de la literatura hispanoamericana actual.

GRACIELA TOMASSINI  
ANLE y Consejo de Investigaciones,  
Universidad Nacional de Rosario

Alba Omil. *Hechicerías en las culturas prehispánicas*. Tucumán (Argentina): Lucio Piérola Ediciones, 2011, 148 pp.

La historia es conocida. Cuando los españoles llegaron a un mundo para nada nuevo, pero ignoto para ellos, a fuerza de espada, cruz y fuego se dedicaron (entre otros muchos menesteres) a la sistemática tarea de extirpar culturas. Pretendían lograr así una *tabula rasa* donde comenzar a inscribir su historia, pero a pesar del celo desmedido con el que encararon la tarea, algo no salió del todo bien. Alonso Manso y Pedro Córdoba iniciaron la caza de brujas, pero ni ellos ni los inquisidores sucesivos pudieron cazarlas a todas. Diego de Landa mandó a quemar los códices en Mesoamérica, pero no logró quemarlos a todos. José de Arriaga pretendió extirpar las idolatrías, pero no pudo extirparlas a todas... y para qué seguir, si sabemos que el conquistador, más que una tablilla inmaculada, lo que obtuvo fue un sustrato borroneado, casi un palimpsesto, donde subyacía (subyace) la larga historia del hombre en América.

Sobre esta base, Alba Omil, no sé si con tintura de Giobert, nuez de agalla o luz ultravioleta, pero seguramente a fuerza de erudición, trata de desentrañar la historia oculta de las *Hechicerías en las culturas prehispanas* en un volumen engañosamente breve. El ámbito

espacial es extenso: desde Mesoamérica hasta el Noroeste Argentino, a lo largo del espinazo andino. El temporal, mucho más. Desde no sabemos cuándo hasta las crónicas de españoles y mestizos.

El eje temático de la obra está claramente enunciado en el título: la hechicería en este lado del mundo, antes de Colón, pero no como *el arte supersticioso de hechizar* que manda la Real Academia (definición que acerca el concepto peligrosamente a la brujería), sino con el más respetuoso sentido de ritualidad religiosa, de nexos con el más allá. Es que al hombre, desde que comenzó a serlo, le frustró el saberse pasajero fugaz sobre la Tierra y se dedicó a construir su eternidad en lo impalpable, y por esos vericuetos nos conduce el libro.

En realidad, Alba Omil toma aquí dos roles. Uno, el de paleógrafo y documentalista que desentraña la larga historia de las creencias de los americanos, zurciendo los fragmentos que dejara el frenesí pirómano del conquistador. El otro es el que Dante asignara a Virgilio en la *Commedia*, para guiarnos por esa alfombra variopinta, no sin agujeros.

Así recorreremos el camino desde la magia hacia la religión, los cultos vivos y aquellos a los muertos, asombrándonos ante el fausto y la sofisticación de los “*salvajes*” (y también escalofriándonos al imaginar el choque con los rústicos europeos)... Nos asomamos a la metafísica de los oráculos y a la física de la herbolaria y la medicina, y la lista podría seguir.

Líneas arriba mencionaba que este es un libro engañosamente breve, y justifico este aserto. Lo dicho está escrito en 148 páginas (incluyendo la bibliografía citada y el índice), pero estas admiten varias lecturas. Una, la de seguir una prosa precisa que sintetiza unos cuantos miles de años de cultura; otra, la de indagar, de manera rizomatosa, e ir siguiendo las fuentes citadas para retrotraernos a los orígenes. Y otra más, que me parece la más enriquecedora, es la de leer lo que no se dice. Es que la autora, generosa, constantemente plantea preguntas que abren nuevos campos, que señalan potenciales vías de indagación y que dan herramientas para rellenar los claros aludidos.

ESTEBAN LAVILLA  
Universidad Nacional de Tucumán- CONICET